

1

Esta parte del libro contiene un relato muy personal sobre la pérdida de nuestro amado marido y padre, Dávid ben Shmuel HaKohen, comenzando por su muerte. Durante la Shivá, empecé a guardar un diario de mis experiencias, cómo me sentía y las lecciones que aprendí, pensando que un día se lo entregaría a mis hijos y esperando que significara tanto para ellos como lo ha hecho para mí. Esos apuntes, por cierto, se convirtieron en la base de este libro.

Lo que me sorprende es cómo estos relatos exhiben los cambios y el crecimiento formidables que tuvieron lugar en mis hijos y en mí. Ver en letras cómo cada uno de nosotros pasó de una desgracia tan terrible a una vida emocionalmente sana y feliz es para mí una gran fuente de consuelo. Con la ayuda inquebrantable de parientes y amigos, hemos logrado reconstruirnos y formar una unidad familiar hábil y fuerte.

¿Por qué estoy aquí haciendo público algo que fue tan privado? Para mostrarte a ti, lector, cómo son realmente las cosas para una familia que ha perdido un miembro al que amaban profundamente. Es mi esperanza que con estas claras reflexiones entres en sintonía con lo que otros en esta situación (o en una situación dolorosa similar) necesitan de ti. Que Hashem te bendiga con la conciencia suficiente para actuar como corresponde.

*Cómo un
final se
transformó
para
nosotros
en un
principio*

2 ♦ “Si Puedo Hacer Algo...”

Hacía dos días que no dormía. La primera noche estuve en la sala de emergencias, toda la noche, con Dóvid. Una buena amiga mía, Sharon Rosen —enfermera titulada—, se quedó todo el tiempo conmigo, tratando de hacer sentir a Dóvid lo más cómodo posible. ¡No sé qué hubiera hecho sin ella! La noche siguiente, me encontraba en un avión a Éretz Israel con mi hermano, Harris, y mis dos hijas: para enterrar a mi marido.

Las últimas cuarenta y ocho horas habían sido un torbellino de actividad. Las trágicas noticias; mis amigas armando las maletas para mis hijas y para mí; separarme de mis dos varoncitos, a quienes dejaría con amigos; el servicio conmemorativo de Baltimore; volar a Nueva York con mi amiga Dina y mis hijas; el emotivo encuentro con familia y amigos en el aeropuerto de Newark; luego, subir al avión con Harris y mis hijas para ir a Israel.

Se nos permitió descender primeros debido a que el funeral empezaría en una hora y media, y se nos hizo pasar rápido por la aduana. Mi cuñada, Dena Feldbaum, y una muy buena amiga, Miriam Freilich, se encontraron con nosotros en el aeropuerto. Mi hermano y el hermano de Dóvid —Avraham, el marido de Dena— llevaron a Dóvid a la Ieshivá Torá Or de Mattersdorf, donde había estudiado Dóvid y donde sería el funeral. Todas las mujeres y niñas fueron en otro vehículo con el mejor amigo de Dóvid, Isráel Jaim, a la casa del Rebe de Dóvid, reb Dóvid Krohn. Dena mantenía una conversación con mis hijas mientras yo me aferraba en silencio a la mano de Miriam. Una vez en Mattersdorf, decidí dejar a mis hijas en el apartamento de los Krohn, con las hijas de ellos, hasta que terminara el funeral.

Después de ubicar a las niñas, empecé a partir hacia el funeral. El apartamento de los Krohn estaba en una pendiente, dando a la Ieshivá, y yo me tomé un momento para contemplar la multitud de todos nuestros amigos íntimos. Todavía no me había visto nadie, pero Dóvid ya había sido llevado ahí. Todos estaban llorando y orando... y mis pensamientos me transportaron súbitamente de regreso a otro tiempo y lugar.

Era el día de mi boda. La mayoría de nuestros amigos íntimos que estaban abajo habían asistido a ese acontecimiento glorioso. ¡Qué felices eran todos entonces! Dóvid me esperaba bajo la jupá y yo caminaba a su encuentro por el pasillo. Nuestra vida juntos sería sin duda feliz: ambos estábamos seguros de eso. La pregunta de cuánto duraría aquella vida juntos ni siquiera se nos cruzó por la mente.

Dóvid ya había llegado a la jupá y todos aguardaban mi presencia... como todos me esperaban ahora. Y, desde un plano espiritual, también lo hacía Dóvid. Contemplé a mis amistades, que habían venido de todo Israel para estar conmigo; pero esta vez no estaban aguardando para compartir conmigo el día más feliz de mi vida: sino el más triste.

Cómo un final se transformó para nosotros en un principio ❖ 3

Volviéndome a aferrar de la mano de Miriam, di un profundo aliento y empecé a dirigirme lentamente al funeral de mi marido.



«*HaMakom ienajem otaj betoj shear aveléi Tzión velerushalaim* [Que Hashem te consuele entre los otros dolientes de Zión y Jerusalén]».

No lo podía creer. La primera vez que alguien me dijo esas palabras caí en la realidad de toda la situación. Era yo una viuda de treinta y siete años con cuatro niños, de dos, cuatro, seis y siete años.

Sentada en un banquito y rodeada del amor consolador y protector de familia y amigos, me caían libremente las lágrimas. Estaba haciendo Shivá por el marido maravilloso que había esperado veintiocho años en encontrar. Ahora, tan sólo nueve años y medio después, estaba llorando su muerte de la manera tradicional prescrita por nuestros Sabios Judíos.

En el transcurso de la semana, vinieron a la casa amigos que no había visto ni de los que había oído desde hacía años. Tenía emociones encontradas: felicidad por ver conocidos de hacía mucho tiempo y tristeza al pensar en las circunstancias que nos habían vuelto a unir.

Esta era la primera vez que estaba de duelo y no sabía muy bien qué tenía que hacer, de modo que trataba de escuchar con toda atención lo que decía la gente para consolarme. Muchos de los presentes caían dentro de estas categorías:

❖ *Gente que no podía hablar.* Estaban tan dolidos por mi pérdida que no les podía pasar ninguna palabra por los labios. El retorcimiento de sus manos, los golpecitos de sus zapatos contra el piso, la forma en que inclinaban la cabeza y los ojos afligidos me decían muchísimo sin tener que oírles pronunciar una sola palabra.

❖ *Gente que había conocido a mi marido en distintas etapas de su vida y me contaba anécdotas sobre él.* Yo me llevaba al corazón cada palabra que dijeran y atesoraba los recuerdos que compartían conmigo. Oí muchas cosas que nunca antes había sabido de Dóvid, y cada nuevo relato era para mí una verdadera fuente de consuelo.

❖ *¡Gente que venía a decirme lo orgullosa que estaba de mí!* Habían oído que Dóvid y yo habíamos pasado juntos por una situación sumamente difícil y que habíamos permanecido fuertes en nuestras convicciones religiosas. También me dijeron que sabían que habíamos hecho todo lo que estuviera en nuestras manos para darle a Dóvid el mejor tratamiento posible, cuidando al mismo tiempo de nuestros cuatro

4 ♦ “*Si Puedo Hacer Algo...*”

hijos. ¡Cómo necesitaba oír esas palabras!

♦ *Gente que rememoraba los momentos felices que nos habían visto compartir a mi marido y a mí.* Qué maravilloso volver a vivir recuerdos felices a pesar de mis intensas sensaciones de pérdida... Y si bien me dolía caer en la cuenta de que aquellos buenos momentos juntos habían terminado, me sentía también muy agradecida por haberlos tenido.

♦ *Gente que entendía por completo mis sensaciones de dolor y pérdida, y que venía a alegrarme con sus propias buenas noticias.* Dos amigas que habían sufrido de esterilidad desde hacía años vinieron a decirme que ahora habían sido cada una bendecida con un hijo. ¡Otras dos amigas que se habían divorciado vinieron a decirme que estaban ahora felizmente casadas con otras parejas! Una amiga, cuyo marido había estado gravemente enfermo, me contó del milagro de su recuperación completa!

«¡Hashem, Hashem! —clamaba yo en silencio—. Gracias por enviarme estas amigas maravillosas». ¡Cómo necesitaba oír sus alegres experiencias mientras estaba yo sentada en mi cueva de penumbras!

Con el tiempo, empecé a sentir la entrada de un pequeño rayo de luz (mi felicidad por ellas) y que se levantaba un poco el fuerte peso que me presionaba el corazón. Era muy bueno recordar que aun cuando yo estuviera sufriendo había todavía un poco de felicidad allá afuera, quizá algún día incluso para mí.

Si bien mi cuerpo estaba inmóvil, sentado, mi mente era un torbellino. Quería sacarles a todos las reflexiones e historias que tuvieran de Dóvid, y envolverme en ellas por completo. Cada relato era para mí una cuerda de salvación, que mantenía viva mi conexión con Dóvid y me impedía hundirme en mi pena agobiante.

Detrás de mí, en el estante que se encontraba arriba de mi asiento, había una fotografía tomada hacía tres meses, en la que estábamos Dóvid y yo en el Bar Mitzvá del hijo de un amigo. Dóvid estaba entonces muy delgado y la gente que lo veía quedaba muy impactada; pero me dio un gran consuelo saber que estaba aún detrás de mí, y lo estaría siempre en mi corazón y en mis pensamientos.

Durante la semana de la Shivá aprendí mucho: sobre otras personas y sobre mí misma. Algunas cosas me hacían sentir bien y con otras era muy difícil lidiar; pero con *siata diShmaia* (la ayuda de Dios) logré sobrellevar los siete días de duelo.

Cuando me levanté de la Shivá y pasé por primera vez por la puerta de entrada, en esa mañana de octubre en Ierushalaim, me encaminé directamente hacia el Kótel. Supe

Cómo un final se transformó para nosotros en un principio ❖ 5

que me había convertido en una persona diferente: más fuerte y más sensible con los demás, ya no más una esposa, pero mucho más una madre y, en cierto sentido, también un padre.



Era la noche del viernes y mi cuñada Dena y yo acabábamos de encender las velas de Shabat. La casa estaba muy animada con sus varoncitos saltando por todas partes. Yo necesitaba mucho de esa distracción. Era mi primer Shabat sin Dóvid.

Salimos al balcón de Dena, que daba al vecindario de Ramot de Ierushalaim. Por supuesto, no me era posible evitar que me cayeran las lágrimas. Me ponía muy contenta que mis niñas estuvieran absortas en las travesuras de sus primos y no me miraran a mí.

Vino mi cuñado Avraham y cuando empezó a cantar «Shalom Alejjem» todos se le unieron. De inmediato, salí de mi pesar. Estaba oyendo la voz de mi marido: el gangueo sureño, ligeramente desafinado, pero lleno de calidez y sentimiento por la santidad de Shabat. Observé a mis hijas y noté que la mayor estaba mirando fijamente a su tío. Me preocupaba cómo la afectaría todo esto.

Lo mismo sucedió con el Kidush y las zemirot de Shabat que entonamos. Después de una canción particularmente larga, mi hija dijo: «¡Tío Avraham, tienes una voz muy hermosa!».

¡Mi cuñada Dena y yo nos miramos y nos echamos a reír! Dena se dirigió a su marido y dijo: «Tienes que sentirte encantado. En todos los años en que estamos casados, ¡nunca nadie te ha felicitado por tu talento para el canto!».

Mi hija, sin entender qué había tras nuestras risas, dijo: «Pero tiene una voz hermosa. ¡Suena igual a mi tati!».



Había esperado dos años y medio para hacer este viaje en autobús. Desde que le diagnosticaran la enfermedad a Dóvid, había yo anhelado ir al Kótel. Cerraba mis ojos mientras oraba por su recuperación, y me imaginaba una y otra vez tocando aquellas piedras sagradas. Y, ahora, estaba en camino.

Cuando vivía en Ierushalaim, siendo una joven soltera, trataba de ir al Kótel todas las semanas. Como esposa, lo hacía una vez al mes. Y como madre, bien... cuando me fuera posible, hasta que regresamos a los Estados Unidos.

Me subí a un autobús en el vecindario de Har Nof, con mis dos hijas, para emprender

6 ♦ “Si Puedo Hacer Algo...”

un l-a-r-g-o y glorioso trayecto hacia el Kótel. La Shivá había terminado esa misma mañana y esta era nuestra primera «salida». ¡Asimilé jadeante los paisajes que tanto había extrañado! Entusiasmada, les señalé a mis hijas los vecindarios de Guivat Shaúl, Kiriát Mattersdorf, Ezrat Torá, etc. y estiraron el cuello para mirar todo lo que les mostraba.

En medio de mis narraciones, mi hija de seis años mantenía una animada charla sobre su padre que se desarrollaba así: «Tati murió. Por eso estamos aquí. Si tati no hubiera muerto, estaríamos en la escuela. Pero murió. Así que estamos en Éretz Israel. Porque, tati murió». No me apenó oír lo que decía, porque comprendí que no intentaba sino lidiar con la situación.

Un jasid que estaba sentado cerca de nosotras se encontraba absorto en su *Séfer Tehilim*. Justo antes de bajar del autobús, nos bendijo a las niñas y a mí. Supongo que a pesar de estar ocupado recitando Salmos, no pudo evitar oír la exposición de mi hija sobre el motivo de nuestra presencia. (Me convencí a mí misma de que era *Eliahu HaNaví*, ¡pero más tarde me enteré de que se trataba en realidad de un buen amigo de mi cuñado!).

Finalmente llegamos. No veía el momento de recorrer los últimos metros para llegar al Kótel y orar. Cuando nos acercábamos, me detuvieron para solicitarme *tzedaká*. Les di algunas monedas a mis hijas y se las entregaban a quien las pidiera.

Y entonces sucedió. Una mujer con ropas viejas, que también quería *tzedaká*, se acercó y empezó a tirar de mi manga. Mientras lo hacía, decía: «*Guivéret, bevakashá. Aní almaná* [Señora, por favor. Soy viuda]».

Nunca olvidaré ese momento. Todo me empezó a dar vueltas alrededor. Sentía no poder respirar. La mujer lo decía una y otra vez, cada vez más fuerte: «*¡Aní almaná! ¡Aní almaná!*», como si yo no entendiera.

Yo le quería responder gritando: «*¡GAM ANÍ! ¡GAM ANÍ ALMANÁ!* [¡YO TAMBIÉN! ¡YO TAMBIÉN SOY VIUDA!]».

Mis hijas vieron la mirada de dolor de mi rostro y exclamaron: «¡Mami!». Eso quebró mi ansiedad y me hizo volver en sí. Le di a la mujer unas monedas, tomé las manos de mis hijas y reanudé mi camino.

Nos detuvimos en un lavatorio para purificarnos las manos antes de entrar al área de las oraciones. ¡Cómo deseaba decirles a mis hijas que era aquí donde su tati y yo nos habíamos comprometido oficialmente!; pero no me salían las palabras. Las acerqué al Kótel y empezaron a recitar las palabras que conocían.

Yo no lograba abrir ni un *Sidur* ni un *Tehilim*. Este era el Kótel, donde había vertido

Cómo un final se transformó para nosotros en un principio ❖ 7

mis fervientes plegarias para casarme. Sí, lo había hecho; pero el hombre por quien había orado ya no estaba más conmigo. Dóvid. Mi amado Dóvid.

Me esforcé mucho para no dejar que las niñas notaran mi aflicción, pero las palabras de la mujer seguían resonando en mis oídos: «*iAní almaná! iAní almaná!*». Los edificios circundantes, el hermoso paisaje, el mismo Kótel no habían cambiado mucho desde mi partida de Israel hacía varios años; pero yo, Rebecca Bram Feldbaum, había cambiado: yo era ahora una *almaná*.

Nota: Pude ir al Kótel algunas veces más antes de regresar a los Estados Unidos. En aquellas ocasiones, logré verter ante Hashem mis sentimientos relativos al hecho de convertirme en viuda. Y, aun con todos mis temores, siempre sentí una calma interior cuando tocaba el Kótel y oraba.

No entendía, por supuesto, por qué Hashem había sacado a Dóvid de este mundo a una edad tan temprana, dejando a su joven viuda e hijos pequeños: pero yo sabía que tenía que seguir adelante en aras de los niños. Y, así, Le oré para que me diera la fuerza para sobrellevar este nisaión formidable, esta gran prueba en mi vida.



Regresamos a Baltimore y estaba a punto de entrar a mi casa por primera vez después de enterrar a mi marido. Envié a mis hijas a la casa de una amiga de enfrente para tener unos instantes de soledad. Mi buena amiga Miriam Robbins nos había recogido en el aeropuerto y me estaba ayudando a llevar nuestro equipaje al porche. Nos miramos y dijo: «¿Lista?».

«Lista como nunca», respondí con cautela.

Abrimos la puerta y entramos. Cuando me detuve en medio de la sala de estar, pensé: «Ahora sé lo que realmente significa la expresión “un peso en el corazón”».

Cerré los ojos mientras las lágrimas me descendían en silencio por el rostro. Miriam me dio un abrazo y guardó un sabio silencio. Había quedado viuda hacía muchos años y sabía que yo necesitaba un tiempo para ordenar mis pensamientos.

En el día que murió Dóvid, cuando nos dirigimos al aeropuerto, la casa se veía como si hubiera sido azotada por un huracán. Mis amigas la habían invadido para armarme las maletas. ¡El equipaje cubría todas las camas y había ropa desparramada por todas partes! Una amiga empacaba lo que creía que necesitábamos, y luego otra amiga desempacaba lo que había empacado la primera y ponía otras cosas que ella creía que necesitaríamos. Además, nuestra triste noticia se había propagado rápido y no dejaba de sonar el teléfono.

8 ♦ “Si Puedo Hacer Algo...”

El ruido y el desorden eran increíbles.

Ahora, el opresivo silencio me penetraba hasta lo más profundo de mi ser. Lentamente, contemplé mi hogar. ¡Estaba absolutamente intachable! Fui de habitación en habitación: se veía todo immaculado en todas partes. El refrigerador estaba lleno de leche, fruta, verduras, queso... y un guiso que alguien había traído para cenar. ¡Había una nota en la puerta del refrigerador que nos daba la bienvenida y me decía que nos entregarían la cena durante un mes!

Subí las escaleras y sonreí cuando vi el baño: había en las ventanas unas cortinas nuevas de tono azul brillante, y un novísimo set consistente en una alfombrita de baño y una cubierta para el retrete —así como toallas nuevas— adornaba el cuarto.

Entrar al dormitorio principal fue lo más difícil. Estaban bien hechas las camas y también las colchas se veían como si las hubieran lavado. «Nuestro» armario era ahora «mi» armario. Lo abrí lentamente. Mis ropas colgadas ocupaban todo el interior, pensé, con mucha soledad.

Mi vestidor era el mismo, pero el de Dóvid estaba ahora completamente vacío. Abrí cada cajón y me sentí agradecida hacia mis amigas que, después de pedirme autorización, los habían ordenado por mí.

Les había pedido que guardaran las corbatas, tiradores, gorras, el sombrero de Shabat, la lonchera y el maletín de Dóvid para que los varones jugaran con todo eso. Me habían dejado en el fondo del armario una caja, con una clara etiqueta, que contenía estos artículos. No lograba reponerme de cuánto habían hecho mis amigas en mi ausencia.

Me senté en mi cama y reposé un minuto. Ya no me corría el corazón. Entonces, después de un rato oí una voz familiar que me llamaba: «Becca, por favor, baja. Hay unos niños que desean verte».

Bajé rápido las escaleras para reunirme con mis varoncitos, y mi hijo de cuatro años me dio un fuerte abrazo y un gran beso. Mi hijo menor, de dos años, vacilaba. Sostenía la mano de mi querida buena amiga, con quien se había quedado las últimas tres semanas. Le acaricié suavemente el cabello y dije: «Mijoel, ¿sabes quién soy?». Sonrió y respondió: «¡Sé quien eres! ¡Eres mamá!». Entonces me dio un fuerte abrazo.

Sí, mamá estaba de vuelta.

Nota: Por favor, nunca limpies las ropas y pertenencias del fallecido a menos que te pidan específicamente que lo hagas. Cada persona experimenta el duelo de manera diferente y es posible que algunos familiares se sientan sumamente reconfortados al hacerlo por su cuenta.

Cómo un final se transformó para nosotros en un principio ◆ 9



Era mi primer Shabat de regreso en los Estados Unidos. Ya había pasado tres Shabatot sin mi marido, por lo que creía que me estaba acostumbrando. Lo único que deseaba la noche del viernes era que estuviéramos los cinco juntos.

La preparación para ese Shabat fue muy difícil. No dejaba de preguntarme cómo lo sobreviviría sin Dóvid, así como los muchos más que vendrían. Se suponía que el Shabat fuera un día de paz, pero mi mente se encontraba en un estado de agitación por todo lo que le había sucedido a nuestra –mi– familia. ¿Cómo lograría volver a relajarme en este día?

Traté de mantener el ánimo con la música (pues el período de *Shloshim* de treinta días en el que la esposa tiene que llorar la muerte de su marido ya había terminado). Unas amigas trajeron una deliciosa comida de Shabat y no tuve que hacer muchos preparativos. Mas la tristeza era tan invasiva que se la podría haber cortado con un cuchillo. Sola, sola, sola. Como los veintiocho años de Shabatot que habían pasado hasta mi casamiento: pero esta vez estaba sola con cuatro pequeños especiales de quienes cuidar. ¡Qué responsabilidad!

Encendí las velas de Shabat y sentí descender una calma sobre mí. Entonces se oyó un golpe en la puerta. Era el rabino Noson Freedman, de enfrente, que venía a llevar a mi hijo mayor al shul. Moshe le dio alegremente la mano al rabino Freedman y salieron; pero era algo muy difícil para mí: mi hijo ya no tenía más un padre que lo llevara al shul.

Traté sin éxito de sacarme todos los pensamientos negativos que me invadían la mente. ¿Quién estudiaría con Moshe? ¿Quién le mostraría cómo ponerse tefilín cuando fuera mayor? Y, bien, ¿quién le enseñaría cómo lanzar bien una pelota de béisbol?

Más tarde, vinieron unas amigas para desearme un «Shabat Shalom». Mis hijos jugaron alegremente con los hijos de ellas. No se decían las palabras, pero era evidente quién estaba en la mente de todos.

Moshe regresó del shul y se fueron todas mis amigas excepto una, Dina. Había volado con las niñas y conmigo a Nueva York, donde tomamos nuestro vuelo de enlace a Éretz Israel. Los niños la adoran y la llaman afectuosamente tante D. Iría a comer un poco más tarde a otro lugar, por lo que decidió quedarse conmigo hasta mi recitación del *Kidush* y la pronunciación de la bendición de *HaMotzí* por el pan.

Me senté en el lugar de mi marido, en la cabecera de la mesa. Entonamos «Shalom Aleijem» y luego les dije a los niños que se pusieran en fila para bendecirlos como siempre lo hacía su padre. Casi no me salían las palabras porque me temblaban muchísimo

10 ♦ “Si Puedo Hacer Algo...”

la voz y las manos.

Entonces me volví hacia Dina y le supliqué que esa noche comiera con nosotros. Dina se dirigió con uno de mis hijos a decirle gentilmente a la familia que la había invitado que comería con nosotros. Eso me dio un poco de tiempo para ordenar mis emociones antes de hacer Kidush.

Los niños creían que todo esto era bastante divertido: mamá sentada en el lugar de tati, mamá dándoles una bendición, haciendo Kidush y luego HaMotz' por el pan.

Dina era maravillosa: dándoles charla a los niños, ayudándome en la cocina, y luego leyéndoles algo y ayudándome a ponerlos en la cama. Ni siquiera pude agradecerle como correspondía. Me encontraba tan sensible por todo que apenas podía hablar y tan pronto como se fue caí en un sueño irregular.

A la mañana siguiente, me sentí un poco más preparada para enfrentar el día. Estábamos invitados a lo de nuestros buenos amigos Judy y Adea Zapinsky para el almuerzo de Shabat, y allí fuimos.

Cuando nos encaminábamos a lo de los Zapinsky, la gente empezaba a salir del shul y noté los incómodos vistazos y miradas fijas dirigidos a mi familia. Nadie parecía saber cómo saludarnos ni qué decir. Felizmente, una amiga mía, Sury Goldman, se nos acercó deprisa apenas nos vio para desearnos un «Shabat Shalom». ¡Eso significó muchísimo para mí! Además, rompió el hielo y también otros empezaron a saludarnos.

Una vez que llegamos, di un suspiro de alivio. ¡Esas fueron las cinco cuerdas más largas que había recorrido en mi vida!

Estuve toda la comida acostumbrándome a lidiar con todos mis hijos en público sola. *Baruj Hashem*, se portaron bien.

En medio de la comida, mi hijo mayor comentó de repente que no se sentía bien. Le pregunté cuál era el problema y me dijo que sentía una picazón en el estómago. Le subí la camisa para echar un vistazo y, en efecto, ¡estaba cubierto de varicela!

Alcé la vista al Cielo y dije: «¡Gracias, Hashem, por creerme capaz de lidiar con tantas cosas en este preciso momento!». Entonces Judy y yo nos echamos a reír. (Me sentí aliviada al oír que todavía se estaba riendo unas dos semanas después, ¡cuando también sus hijos tuvieron un brote de varicela!).

Hasta ahí llegaron mis esperanzas de un primer Shabat sin incidentes en los Estados Unidos...



Cómo un final se transformó para nosotros en un principio 11

Tendría que haber sido un día común y corriente, pero mi situación ya no era más común y corriente, y estaba a punto de tener que darme cuenta de eso. Los niños estaban en la escuela y yo tenía que ir al dermatólogo, luego al banco para depositar unos cheques y más tarde al mercado. ¿Qué podía ser tan grave?

Llegué al consultorio del dermatólogo y llené los papeles. Mi eccema me estaba dando guerra por todo el estrés que sentía. Hacía más de un año que no iba al consultorio, porque por desgracia había estado ocupada con otras cosas, de modo que tuve que llenar un nuevo formulario para la cobertura médica. Nada grave.

Empecé a llenarlo y entonces llegué a la parte donde tenía que rodear con un círculo uno de los puntos siguientes relativos a mi estado civil: S (soltero)/C (casado)/D (divorciado)/V (viudo).

Apreté el bolígrafo con fuerza y grité en silencio: «¡No, no, no! ¡No quiero marcar la V! ¡No quiero estar en esta categoría! ¡Quiero marcar la C! ¡Quiero a mi marido de vuelta! ¡Quiero estar casada!». Llené el resto del cuestionario y a último momento marqué la V.

Le entregué el formulario a la recepcionista y regresé a mi asiento. «¡Refrénate, Becca! —no dejaba de decirme—. ¡En aras del Cielo, no llores en el consultorio!».

Dijeron mi nombre y entré a una de las salas de revisión médica. Traté de serenarme, pero lo único que podía hacer era fijar mi triste mirada en la ventana de ese segundo piso.

Finalmente entró mi dermatólogo. Es un hombre muy agradable, siempre con una cálida sonrisa y un saludo amistoso. «¿Cómo está? —me preguntó—. Hace mucho que no la veo».

¿Qué le podía decir? Bien, dejé salir todo: hacía poco había muerto mi marido; mi eccema me estaba volviendo loca por todas las presiones de ser la única progenitora de la familia; estaba bajo mucho estrés; y acababa de marcar la V por primera vez. ¡Oh, sí, hasta le dije eso! Se mostró sumamente comprensivo y muy amable.

Después fui al banco. «Becca, estarás bien. Estarás bien», no dejaba de repetirme. Tenía que depositar unos cheques y entonces recordé lo que eran: mis primeros cheques de Seguridad Social, los pagos que reciben el cónyuge y los hijos cuando fallece un cónyuge/padre. Cuando se los di al cajero, me corrían las lágrimas por las mejillas. ¡Yo no quería depositar esto! ¡No era esto de lo que quería vivir! ¡Quería estar depositando el salario de mi marido!

Cuando el cajero me preguntó si estaba todo bien, respondí: «Esta es la primera vez

12 * “*Si Puedo Hacer Algo...*”

que deposito cheques de Seguridad Social. Acabo de perder a mi marido».

Era un hombre joven, pero nunca olvidaré la comprensiva mirada de su rostro. Dijo: «Sra. Feldbaum, si hay algo que este banco pueda hacer por usted, por favor, iháganoslo saber!». Le agradecí, finalicé la transacción y me fui.

Una vez en la seguridad de mi automóvil, empecé a sollozar. Sentía como que no podía hacer NADA sin recordar constantemente mi nuevo estatus. Sabía que la herida estaba aún demasiado fresca y el dolor demasiado abierto.

Ese día me salteé la visita al mercado y me tomé un poco de tiempo para mí misma: fui a dar una caminata, comí tranquila el almuerzo y leí una revista. También me seguí repitiendo las palabras siguientes: «Las cosas mejorarán. Tengo que ir paso a paso. ¡Paso a paso!».



Estábamos sentados alrededor de la mesa de la cena cuando una de mis niñas mencionó que había aprendido un juego nuevo con números. Tienes que elegir un número entre uno y veinte, y luego todos tienen que adivinar cuál es. Por supuesto, todos querían jugar, de modo que nos turnamos alrededor de la mesa.

Quando le llegó el turno de elegir el número a mi hijo de dos años, nos señaló con el dedo a cada uno de nosotros, haciéndonos saber cuándo sería nuestro turno de responder. Resultó ser que ninguno de nosotros adivinó el número correcto, de modo que levantó el dedo hacia el techo y dijo: «Tati, ¿cuál es el número?». Mis otros hijos me miraron y yo quedé helada.

Entonces me tapé la boca con la mano, y dije con voz profunda y resonante: «Tres».

«¡Equivocado!», anunció mi hijo, y señaló a su hermano para que eligiera otro número. Mis niños se descostillaban de risa.

Cada vez que le tocaba el turno a alguno de los niños, también él o ella señalaba el techo y decía: «¡Es el turno de tati!», y yo decía un número con la voz más masculina que me fuera posible hacer! Les encantaba a todos.

¿Cómo me sentía?, te preguntarás. ¡MARAVILLOSA, MARAVILLOSA, MARAVILLOSA! Si bien Dóvid ya no estaba físicamente con nosotros, los niños lo seguían viendo como parte de nuestra unidad familiar. Un simple juego me hizo saber que él estaba aún con nosotros: y eso significaba mucho para mí.



Cómo un final se transformó para nosotros en un principio ◆ 13

Tuve mi primer «hachazo» un mes después de regresar de Israel. Estoy hablando de una jaqueca tan intensa que apenas podía tolerarla.

Estaba asustada y no sabía qué hacer porque los niños llegarían de la escuela y yo no estaba lo suficientemente bien como para ocuparme de ellos. Llamé a una amiga para que me ayudara y movilizó a algunas de mis otras amigas para que cuidaran a los niños hasta la noche. Una de las hijas de ellas hasta durmió esa noche en el sofá de nuestra sala de estar, para lidiar con cualquier solución nocturna que fuera necesaria.

Creía yo que la jaqueca era un incidente aislado, pero a la semana siguiente sucedió lo mismo. Después de ese segundo día horrible, pedí un turno con mi doctora. ¡Una serie de estudios y un análisis médico completo produjeron un diagnóstico de puro y simple estrés! Me recetó un analgésico más fuerte, que me ayudaba a aliviar los síntomas cuando tenía un «hachazo».

Lo comenté con algunas de mis amigas que estaban criando solas a sus hijos y me dijeron que durante el primer año de esta nueva situación habían sufrido problemas similares: algunas habían padecido dolores de cabeza, a algunas les habían salido terribles sarpullidos, algunas habían tenido problemas estomacales o acidez, mientras que otras habían padecido insomnio. Si bien me sentía mal por sus problemas, quedé muy aliviada al saber que lo que estaba experimentando era normal.



El sonido de abajo me sobresaltó. Los niños estaban dormidos y oí claramente que algo o alguien estaba haciendo vibrar la puerta de entrada. Mi primer impulso fue llamar al 911, pero aguardé un minuto para estar segura. Silencio.

Con el teléfono inalámbrico en la mano, bajé cautelosamente las escaleras. Todavía no oía nada y la puerta de entrada estaba totalmente cerrada. Felizmente, la cadena estaba puesta. Cuando llegué al último escalón, divisé el origen de aquel ruido: había un sobre en el piso junto a la ranura para las cartas.

Lo levanté y vi que estaba dirigido a mí. Lo abrí y encontré adentro una nota que decía: «Para ti, querida Rebecca. Para ayudarte con lo que necesites». Había adjuntos dos billetes de cien dólares.

En el transcurso de los meses siguientes fueron cayendo en la ranura más sobres con diversas sumas de dinero. Era difícil para mí ser la receptora de tanta buena voluntad, pero no había forma de devolver el dinero porque ninguno de los sobres tenía la dirección del remitente.

14 ♦ “*Si Puedo Hacer Algo...*”

Esos sobres no estaban llenos sólo de dinero, sino también de solidaridad, amor y... esperanza. Y fueron sumamente apreciados.



Todos los lunes, voy a un shiur nocturno sobre la porción semanal de la Torá dado por un rav muy especial de nuestra comunidad, el rabino Simja Shafran. Incluso cuando Dóvid estaba enfermo, trataba yo de asistir para tener algún indicio de una vida «normal».

Después del fallecimiento de Dóvid, no logré afrontar ir allí durante varios meses. Finalmente, con el estímulo de mis amigas, regresé. El grupo me recibió con calidez. Me sentía contenta de estar de vuelta e inmersa en algo que realmente disfrutaba. Sorpresivamente, hasta pude concentrarme en el tema sin ponerme nerviosa ni distraerme (como había sido el caso con las otras cosas que había intentado hacer en los últimos meses).

Después de la charla una amiga me llevó a mi casa y recogió a su hija, que se había quedado cuidando a mis niños. Cuando cerré la puerta, me recibió un silencio ensordecedor que penetró en lo más recóndito de mi ser. No importaba lo enfermo que estuviera Dóvid esos últimos meses, siempre se quedaba despierto para recibirme a mi regreso y preguntarme qué había aprendido: ahora no había nadie para hacer preguntas.

Me sentí invadida de tristeza. «¡Dóvid, Dóvid! –grité en silencio–. ¿No deseas saber qué he estudiado esta noche? Estuviste siempre muy orgulloso de que yo prosiguiera con el estudio. Es tanto lo que deseo contártelo en este preciso momento... ¿Con quién puedo hablar? ¿Quién me estará esperando cuando vuelva del shiur la semana que viene? ¿Qué voy a hacer?».

Me crucé de brazos y me abracé con fuerza mientras subía dificultosamente las escaleras para ir a los dormitorios. No podía creer la fuerza de lo que me había invadido. Fui a ver a cada uno de mis hijos y les di un beso. Los escuché respirar. Olí sus dulces aromas. Ya habían pasado las diez de la noche y no sabía qué hacer. Estaba fuera de mí por la soledad.

Entonces sonó el teléfono. Era una amiga. «Fue muy lindo verte en el *shiur* esta noche, Becca –dijo–. Sé que te debe haber sido difícil, pero todos se pusieron contentos de que vinieras».

Decir esas palabras era como tirarme un salvavidas: necesitaba oír que todavía le importaba a alguien, aun cuando no lo oyera de la persona que más extrañaba.

Era una muy buena amiga, de modo que le dije lo mucho que significaba para mí su llamado telefónico y las emociones que estaba sintiendo. Quiso venir de inmediato –y

Cómo un final se transformó para nosotros en un principio ◆ 15

su marido le dijo que lo hiciera—, pero yo insistí en que se quedara en su casa. Lo único que yo necesitaba era una voz adulta solidaria que perforara la aplastante soledad que me invadía en ese momento. Y sus consideradas palabras lo habían logrado. Tranquilizándola, diciéndole que lo único que necesitaba era decirle lo que había en mi corazón, corté el teléfono (con la promesa de que la llamaría en cualquier momento de la noche si volvía a sentir esa tristeza agobiante).

Me preparé para la cama. Lloré en la ducha. Volví a besar a los niños. Me serví esa bocha de crema helada a la que me había resistido unas horas antes. Y, con todo aquel emocionalismo extraído, me fui a dormir en paz.

Gracias, Hashem, por darme amistades tan maravillosas.



Caminamos lentamente por la cuadra, tomadas del brazo: yo, la joven recién enviudada; y ella, la viuda de hace muchos, muchos años. Ha agraciado nuestra mesa de Shabat en innumerables oportunidades y, para mantener fuerte nuestra amistad, nos visita en las tardes de Shabat para ver cómo estamos. Ella se preocupa por mí por mis nuevas responsabilidades, y yo me preocupo por ella y su salud.

No obstante sus protestas, la acompaño por la calle hasta su hogar. Lamentablemente, después de cuatro meses conozco la sensación de caminar sola, sin tener a nadie que se preocupe de mi seguridad o bienestar. Una vez que estamos delante de su casa, insiste en verme caminar hasta la mía. Está fresco y no quiero que ella pase frío, así que me apuro. Paso por las casas de otras personas y oigo alegres voces que se gritan unas a otras. ¡Familias! ¡Unidades completas!

Me doy vuelta para saludar con la mano y recibo otro saludo como respuesta. Mi amiga sube los peldaños para entrar a su muy tranquila casa y al inicio de otra noche silenciosa. Yo subo los peldaños de mi propia casa, sabiendo del bullicio que me espera: pero ambos hogares están llenos de soledad, y ambas tratamos de llegar la una a la otra para aliviar un poco esta carga.



Los niños me preguntaron con entusiasmo qué haríamos para el cumpleaños número cuarenta y uno de Dóvid: el primero desde su fallecimiento. Esta pregunta me dejó helada. ¿Una fiesta de cumpleaños para un padre que murió? ¡Nunca me había entrado algo así en la cabeza! Pero, estaban tan exaltados con esta celebración que los apoyé.

En la noche del cumpleaños de Dóvid pedí unas pizzas. No podía tolerar la idea de

16 ♦ “Si Puedo Hacer Algo...”

salir y oír anunciar públicamente a mis hijos qué estaban celebrando. Y, así, tuvimos una «pizza y crema helada party». Debo admitir que resultó ser una idea maravillosa. Hablamos de lo que los niños recordaban de su tati y miramos álbumes de fotografías en los que estaban con él. Nos trajo muy buenos recuerdos a todos nosotros.

Después, hicimos de esto una tradición familiar. Algunas amigas me insinuaron que es una práctica morbosa, pero yo noto que a mis hijos les resulta una forma muy original y positiva de honrar la memoria de su padre.



Una noche, mientras ponía en la cama a mi hija menor, Jaia Guítel, ella empezó a buscar algo desesperadamente. Me dijo que necesitaba encontrar un sobre y, felizmente, lo encontró cerca de su almohada. Me mostró con entusiasmo por qué le resultaba tan importante.

El sobre estaba dirigido a «Tati Feldbaum» y había adentro una nota para su padre en la que le decía lo mucho que lo amaba y extrañaba. Había también incluidas una ilustración que ella misma había coloreado, un poco de dinero (veinte centavos) y un adhesivo.

«Mami, ¿cuándo bajará tati del Shamaim para venir a buscar este sobre? Se lo dejé hace varios días y no ha venido a buscarlo». Le dije que no lo sabía.

Bajé las escaleras, pensando que no era conveniente tomar el sobre mientras mi hija estuviera durmiendo, porque no quería que tuviera la impresión de que su tati podía bajar del Cielo y entrar volando en su habitación por la noche. Decidí llamar a Devorah Klein, la terapeuta especialista en duelo que estaba trabajando con las niñas, para oír qué tenía que decir sobre esto.

Concordó en que yo no podía hacerle creer que su tati podía venir en cualquier momento que ella deseara. No le queríamos dar un entendimiento poco realista de la muerte. Decidimos comunicarle que introdujera el sobre en su Sidur para que cuando orara pudiera tener presente a su tati, y que los pensamientos de lo mucho que lo extrañaba y amaba le llegarían a él en el Shamaim.

Subí para decirle esto a Jaia Guítel, pero se hallaba profundamente dormida. Tenía la mano bajo la almohada, asiéndose del sobre. Le tiré el cabello hacia atrás y le besé la frente.

Se lo diría mañana. Por ahora, lo dejaría junto a su cabeza... y su corazón.

Nota: El año pasado mi hijo mayor se sentía muy orgulloso de una calificación que había

Cómo un final se transformó para nosotros en un principio 17

obtenido y quería saber si tati estaba consciente de lo bien que le había ido.

«¡Mami! Tengo una gran idea –dijo–. ¿Por qué no tratamos de marcar 1-800-SHAMAIM y vemos si de esa forma nos podemos comunicar con tati?».

Hace unas semanas mi hijo menor (ahora de ocho años) me decía lo mucho que deseaba que tati se nos pudiera unir para Purim. ¡Quería saber si tati tenía algún e-mail con el que pudiéramos contactarlo!

Todos mis hijos querían establecer alguna forma de contacto con su padre, iya sea por medio de mensajes debajo de una almohada, la compañía telefónica o la computadora! Le he dado a cada uno de ellos el mismo sabio consejo que me dio Devorah hace seis años: que cuando oran le pueden enviar un mensaje especial a su tati y él lo recibirá. (Créame, ¡me encantaría que el 1-800-SHAMAIM funcionara para poder obtener respuestas a algunas de mis preguntas!).



Para las primeras fiestas de Sukot, Sheminí Atzéret y Simjat Torá después de la muerte de Dóvid fuimos a la casa de mi hermano. Los niños lo pasaron genial con sus primos toda la semana y, en la noche de Simjat Torá, fuimos todos al shul con mi hermano. La sinagoga estaba abarrotada de adultos felices y niños entusiasmados. Con cada tanda de baile con la Torá, la atmósfera parecía asumir una intensidad más vibrante.

Mi hermano trataba valientemente de bailar tanto con mis varones como con sus pequeños hijos. Durante un baile particularmente vivaz (donde había que mantener a los niños en alto o los pisarían), le llegó el turno a mi sobrino de que lo sostuviera su padre. Mi hijo mayor estaba corriendo por todas partes con sus otros primos, pero mi hijo menor quería bailar en la ronda de los hombres y no pude persuadirlo de que se quedara conmigo.

Sin saber qué hacer, se quedó fuera del círculo y sostuvo las manos en alto. No procuraba llamar la atención llorando ni gritando; sencillamente se quedó de pie con las manos estiradas arriba de la cabeza: observando a todos los hombres y esperando que alguien lo levantara.

Sentí que se me partía el corazón, viéndolo allí con las manos en el aire: sin su padre presente para que lo alzara. A los pocos minutos mi hermano lo notó y le hizo señas para que se uniera a la ronda, pero, en ese preciso momento, alguien que estaba bailando junto a mi hermano le preguntó quién era ese niño. Mi hermano le explicó la situación y este hombre levantó rápido a mi hijo entre sus brazos, y bailaron juntos el resto de la velada.

18 * “*Si Puedo Hacer Algo...*”

Yo huí al baño de mujeres y sollocé contra mis puños un muy buen rato. Si bien, gracias a Dios, alguien había sido bueno con mi hijo, aún me dolía mucho que Dóvid no estuviera presente para bailar con él.

En mis pensamientos, aún puedo ver al pequeño Mijoel Simja con las manos estiradas hacia arriba, fuera de esa ronda de hombres. Es una imagen que nunca, nunca olvidaré.



Mi hija, Réizel, había ido a un «pijama party» en la casa de su nueva amiga Batia. (La familia de Batia se había mudado a Baltimore hacía unos meses). Cuando terminó la fiesta y era momento de irse, el tío Avi (el padre de la mejor amiga de Réizel) se presentó en la puerta y le dijo a la hermana de Batia: «Estoy aquí para recoger a Réizel y Esti». La hermana de Batia bajó corriendo las escaleras para ir a la habitación llena de niñas y les anunció a todas en voz alta: «Réizel, ha venido tu padre para recogerte a ti y a Esti».

«Mami –me dijo Réizel–, todas se quedaron en silencio y me miraban fijamente sin saber qué decir. Ni siquiera yo sabía qué decir. Finalmente, mi amiga Aiala dijo: “¡Bien, no creo que sea el padre de Réizel!”. ¡Me puse muy contenta de que rompiera la tensión! Todas nos echamos a reír, y Esti y yo nos fuimos».



Una noche salí a cenar con una amiga y su marido. Después de sentarnos, vino el camarero y preguntó: «¿Cuándo llegará su marido?». Tras un breve silencio, respondí: «Esta noche somos sólo nosotros tres».



«¡Mami, mami, ven, apúrate!». Oí que me llamaban con urgencia y bajé rápido las escaleras. Los niños estaban acurrucados frente al armario abierto y no dejaban de señalar algo.

Me abrí camino hacia adelante y vi «eso»: un enorme bicho negro. Oh, ¡puaj!

Le pedí a uno de mis hijos que subiera las escaleras para traer una de mis zapatillas. Regresó en un tiempo récord y pudimos ocuparnos del bicho. Otro de los niños fue deprisa a traer una servilleta de papel y arrojamos «eso» a la basura. Mami Feldbaum - Fumigadora. Mis hijos me miraban como su madre grande y valiente. Poco sabían que yo no veía el momento de meterme en la ducha para sacarme con agua todo este incidente del bicho.

Cómo un final se transformó para nosotros en un principio 19

Yo me había convertido en la mayor protectora de ellos en este mundo. Los niños siempre corrían hacia mí en busca de salvación: por una abeja en el patio, algún bravucón de la calle, el perro suelto de un vecino e incluso, una noche, por una tormenta particularmente ruidosa.

No es que nunca hubiera lidiado con un bicho cuando Dóvid estaba vivo ni los hubiera tranquilizado durante una tormenta con truenos cuando él estaba afuera por negocios, pero ahora era YO quien tenía que ser la valiente todo el tiempo: y realmente no quería serlo. Tenía que mantener esta imagen por mis hijos; dependían de mí por su seguridad y bienestar.

Quiero que mis hijos se sientan tan seguros como sea posible en su hogar monoparental y, así, me ocupo de bichos desagradables, les devuelvo las bicicletas que les sacaron los bravucones y ahuyento a las abejas. Pero, debo admitirlo: cuando se acurrucan conmigo bajo las mantas en medio de una tormenta nocturna no me molesta en absoluto.



Pronto sería mi décimo aniversario de bodas. Nueve años y medio de una relación maravillosa. ¿Se celebraba sola un aniversario de bodas? ¿Qué se suponía que yo hiciera? Sentía tener que hacer ALGO. Después de todo, Dóvid hubiera querido que se recordara nuestra fecha de bodas como una ocasión alegre y no de tristeza.

Mientras repasaba mis memorias de los últimos nueve años, comprendí que tenía que hacer de esta una ocasión especial para mí: de modo que decidí comprarme algo. Pero no lograba pensar en nada que realmente necesitara o deseara. Y entonces se me ocurrió la idea: ¿qué mejor manera de celebrar nuestro aniversario que recordar lo que habían producido nuestros nueve años juntos? ¡Cuatro hijos maravillosos!

Una mañana desperté y bañé a los niños, les peiné el cabello casi a la perfección, les puse sus hermosas ropas de Shabat y nos encaminamos a los «Estudios Fotográficos Sears». Llevé a mi buena amiga Dina (a quien mis niños llaman afectuosamente tante D.) junto conmigo, porque estaba segura de que los haría sonreír.

Cuando nos llegó el turno, las niñas se pusieron de pie erguidas, mientras que los niños se sentaron quietos con las manos cruzadas en sus regazos. Hacerles sonreír alegremente a todos fue un poco desafiante, pero finalmente lo hicieron y terminamos.

Esperé impacientemente las fotografías semanas enteras. Dina fue conmigo a buscarlas y abrí el gran sobre con turbación. Ambas quedamos atónitas con las hermosas fotografías: todas sonrisas, los ojos de todos abiertos, cada cabello en su lugar...

20 * “Si Puedo Hacer Algo...”

Y, así, en la noche de mi aniversario, después de acostar a los niños, bajé las escaleras, me senté en la mecedora y apreté contra mi pecho la fotografía enmarcada de 20 x 25 centímetros de Sears. Debo haberme quedado allí, meciéndome, más de una hora, pero estaba resuelta a no llorar. Esta noche me encontraba celebrando el hermoso legado que mi marido había dejado en este mundo. Y oré para que nuestros hijos tuvieran siempre esas sonrisas en sus rostros.



Era un hermoso día de Shabat y me habían invitado a un Bar Mitzvá en la sinagoga de la vuelta de la esquina. Al final del servicio, mientras la congregación estaba entonando uno de los himnos de cierre, mi hijo se puso de pie en el asiento que había a mi lado y acomodó su pequeña mano en la mía. Contempló la *mejitzá* que separaba las secciones masculina y femenina, los hombres que había abajo, y entonces me susurró al oído: «Mami, ¿cuál es mi tati?».

Creí no haberlo oído bien y le pedí que repitiera la pregunta: «¡Mi tati! —dijo—. Allí abajo. ¿Cuál es mi tati?».

Te diré cuál fue mi primera reacción. Contemplé el mar de sombreros negros y me dieron ganas de bajar para llevar rápido a uno de los hombres junto a mi hijo y decir: «¡Aquí está! ¡Este es tu tati!». Con tantos hombres allí abajo, ¿acaso se extrañaría a uno de ellos?

Pero, con un nudo en la garganta, le respondí susurrando: «Bien, dime tú, ¿dónde está tu tati?». Me lanzó una de sus sonrisas dientudas y señaló tímidamente el Cielo.

«Exacto, dulce —dije—. Si bien no podemos verlo, tienes un tati. Y te ama mucho y está muy orgulloso de ti». Eso pareció satisfacerlo: por ahora.



Era un día normal, pero yo estaba agotada. Le agradecí a Hashem en silencio por darme ese día las fuerzas para conducir el automóvil para llevar a varios niños a la escuela, hacer el desayuno, el almuerzo y la cena, lavar y secar dos tandas de ropa y guardarla, llenar el auto de gasolina, ir al supermercado, ordenar la casa, llevar a los niños a la biblioteca después de la cena: estaba segura de que había más, pero ni siquiera podía recordarlo.

Después de acostar a los niños, esperando que se quedaran dormidos de inmediato, los oí riendo y entrando y saliendo discretamente de sus camas. Parecería que cuanto más agotada estoy, más bulliciosos se ponen.



Cómo un final se transformó para nosotros en un principio ◆ 21

En ese momento sentí mucha autocompasión. ¡Cómo deseaba tener de vuelta a mi marido para que me ayudara por las noches! De repente, sentí que no podría arreglármelas para calmar a mis hijos varones y limpiar la cocina llena de la vajilla de la cena.

Me arrastré hacia el sofá para reposar un poco y recobrar las fuerzas. Tan sólo me tomaré unos minutos, me dije, tratando de serenarme.

Debo de haberme quedado dormida, porque de repente sentí a alguien en el sofá, a mi lado. Era mi hija, ¡que me estaba dando uno de sus grandes masajes en la espalda! Sentí que se me empezaba a distender la tensión.

Entonces sentí que alguien me sacaba dulcemente los zapatos. Abrí un poco uno de mis ojos y vi trabajar a mi hijo menor, que había traído una manta y trataba de cubrirme con ella. Y, luego, a pesar de los fuertes susurros de sus hermanos, me levantó la cabeza, puso debajo otra almohada, ¡y «suavemente» me volvió a bajar la cabeza! Entonces todos salieron de la habitación «en puntitas de pie».

Oí que los varones estaban calmados, de modo que supuse que las niñas les estaban leyendo algún libro. Cuando desperté (¡una hora después!), había descendido sobre la casa una bella quietud. Fui a ver cómo estaban los niños, que se encontraban todos profundamente dormidos. Y, hete aquí, cuando me dirigí a la cocina, ¡estaba totalmente limpia! De repente, me sentí increíblemente amada y asistida.

Ser la madre o el padre de una familia monoparental tiene sus altibajos, pero son las noches como esta las que me muestran lo bien que nos ocupamos unos de otros.



Era noche de reunión de padres en la escuela de mis hijas. Yo iba a las corridas de un aula a otra, pues tenía que hablar con las maestras de inglés, hebreo y grupo de lectura de ambas niñas. Además, lo estaba pasando bien charlando con mis amigas en los pasillos.

«Sra. Feldbaum –dijo una de las maestras–, tengo que contarle una cosa de algo que pasó hace unas semanas en mi clase. Repartí unas notas y les dije a las niñas que las llevaran a sus casas para que las firmaran sus madres. Una de mis alumnas levantó la mano y me informó que no tenía mamá. Entonces les dije que se lo tendrían que hacer firmar a su padre. ¡Y la hija de usted levantó la mano y dijo que no tenía papá! Finalmente, dije que lo podía firmar cualquiera de los dos padres. Eso me hizo caer en la cuenta de que tengo que ser muy cuidadosa con cómo expreso las cosas».

Le agradecí a la maestra por contarme esto, porque esta hija en particular se había

22 * “*Si Puedo Hacer Algo...*”

sentido un poco avergonzada por el hecho de que hubiera muerto su tati, pues la diferenciaba de sus amigas en un aspecto muy importante. Para mí, el hecho de que pudiera hacer una declaración así en público mostraba un progreso.

Cuando volví a salir al pasillo, preparándome para ir a casa, vi que se acercaba una conocida, una mujer a quien conocía ligeramente, pero que me había evitado como a la peste desde la muerte de mi marido. Literalmente, cambiaba de pasillo en el supermercado si me veía cerca.

En ese preciso momento y lugar, decidí que si mi hija podía superar la sensación de incomodidad por lo que le había sucedido a su padre, entonces esta conocida también podría hacerlo: me encaminé directamente hacia ella y noté una mirada de pánico en su rostro. Saludándola con calidez, le pregunté por su hija, que era compañera de la mía. Hablamos quizá treinta segundos, pero fue suficiente para romper la tensión entre nosotras desde la muerte de Dóvid.

Salí de la escuela llena de un nuevo optimismo. Quizá mis hijos y yo teníamos una situación familiar diferente a la de los demás, pero le enseñaríamos al mundo cómo lidiar con nosotros de todos modos... mientras lentamente lo aprendíamos nosotros mismos.



Durante un año —y en algunos casos años enteros— después de la muerte de Dóvid, no lograba yo hacer ciertas comidas que le habían gustado... o siquiera comprarlas. Hay hasta el día de hoy un cereal particular que le encantaba que aún pienso que me resultaría demasiado doloroso ver en mi casa, en el estante de la cocina. Es el conocimiento de que Dóvid ya no vertería más un poco en un bol todos los días lo que me impide comprarlo.

Una de las comidas que le gustaban a Dóvid eran los panqueques: no tan sólo comerlos, sino también hacerlos. Cuando vivíamos en Israel los hacía de cero y, cuando nos trasladamos a los Estados Unidos, encontró una mezcla que le gustaba. Se volvió una especie de tradición en nuestra familia que nos hiciera panqueques todos los domingos por la mañana. Incluso cuando estaba enfermo y no tenía interés en la comida, trataba de mantener viva esta costumbre.

Yo había dejado de hacer panqueques por completo: el recuerdo de él trabajando en la cocina era demasiado vívido y doloroso de sobrellevar.

Un día, en una salida de compras, vi que estaba en oferta la mezcla de panqueques que tanto le gustaba y decidí comprar una caja. El domingo siguiente decidí sorprender

Cómo un final se transformó para nosotros en un principio ◆ 23

a todos con los panqueques para el desayuno. Mezclé el preparado y empecé a hacerlos crepitar en la plancha. Creo que había hecho casi una docena, cuando mi hijo mayor, Moshe, entró a la cocina con una sonrisa en el rostro.

Inhaló profundamente y luego dijo: «Mami, aquí huele a tati».

No pude creer lo que oí porque cuando falleció su padre tenía sólo cuatro años. «¿Qué has dicho?», pregunté.

Moshe repitió: «Huele a tati. ¿Recuerdas cómo nos hacía panqueques todas las semanas?».

Le dije que lo recordaba y cuando empezamos a hablar salió a la luz que este era uno de los únicos recuerdos que tenía de su padre: hacer y servir alegremente panqueques («¡con un montón de almíbar saborizado!») todos los domingos por la mañana. Mi hijo y yo decidimos mantener viva esta tradición maravillosa. Lo desperté el domingo antes que al resto de los niños y hacemos panqueques juntos. Esto nos trae a los dos recuerdos maravillosos.



Era de noche y estaba yo en mi habitación escuchando los calmos sonidos que hacían al dormir mis cuatro hijos. Por alguna razón, me sentía muy serena. Había algo diferente, pero no podía identificar muy bien de qué se trataba. Intenté leer, mas no lograba concentrarme. Repasé todos los acontecimientos del día, pero nada parecía haber tenido en mí ningún impacto significativo. Había sido sencillamente un día benditamente normal.

No obstante, me sentía un tanto diferente. Y entonces, lentamente, caí en la cuenta.

Hoy no había llorado: no había derramado ni una sola lágrima aislada en veinticuatro horas.

Tal vez esto no parezca gran cosa, mas para mí lo era. Cuando le diagnosticaron la enfermedad a Dóvid yo estaba embarazada de ocho meses, de mi cuarto hijo. Entonces vinieron dos años y medio del cuidado de varios hijos pequeños y un marido enfermo, con muchas lágrimas del más puro agotamiento. En el último año de la vida de Dóvid, no dormí plácidamente una sola noche (por miedo y por sus ataques nocturnos): de modo que entonces también lloraba. Y, después del fallecimiento de Dóvid, lo extrañaba tanto que no me era posible detener las lágrimas.

Me preguntaba si me sería alguna vez posible volver a pasar un día sin llorar. Y ahora ese día había llegado.

24 * “*Si Puedo Hacer Algo...*”

Sí, había llegado, pero también me había sorprendido. Consideré qué implicaba este nuevo suceso. Significaba que había alcanzado un nuevo nivel de aceptación de lo que había ocurrido. Podía volver a sonreír y sentirme feliz conmigo misma y el mundo.

Creo que las lágrimas son algo maravilloso: expresan felicidad y tristeza, y nos brindan alivio. Pero llega un momento en que tenemos que parar y decir: suficiente.

Tal vez parezca una nimiedad, pero, créeme, para quien ha sufrido una pérdida trágica es un paso gigante. Y ese era un paso que estaba aguardando dar: seguir adelante con mi vida.



Cada tanto, de la nada, tengo una fuerte reacción a algo que me despierta los recuerdos de Dóvid. Estaba ayudando una hora al día a una amiga que se encontraba gravemente enferma, tan sólo tomándole la mano o frotándole la espalda, y tratando de hacerle beber algunos líquidos. Unos días después tuve uno de los peores dolores de cabeza de mi vida. En otra ocasión, vi una hermosa danza efectuada por una patinadora en tributo a su marido fallecido. Fue algo tan conmovedor e impactante (especialmente la parte en la que extendía las manos hacia los cielos, tratando de llegar a él) que literalmente no pude sacarme la imagen de la cabeza semanas enteras. Una vez, una amiga viuda resultó mencionar una canción que le hacía pensar en su marido. Cuando finalmente oí ese tema, entendí por qué había tenido esa reacción. Ahora, cada vez que lo escucho, pienso inmediatamente en Dóvid.

Con el paso continuo de los años, quedo sorprendida por cómo puedo aún tener reacciones tan fuertes después de pasar tanto tiempo intentando levantar un resistente muro de contención en torno a mis más profundos sentimientos. Pero, de algún modo, siempre hay algo que desencadena una reacción en mi corazón y los sentimientos que he estado suprimiendo hacen erupción con una fuerza plena.

Sé que lo que realmente cuenta es qué haga yo con esos sentimientos. Entonces, los dejo fluir y comprendo que tengo el derecho de, a veces, sentirme triste. Y luego hago un esfuerzo consciente por poner una sonrisa en mi rostro (aun si no tengo ganas de hacerlo) y salgo para hacer frente al mundo.